

TRASQUILA

PARTIDOS POLITICOS: ESCISIONES INMINENTES

Héctor Castillo Juárez

La lucha actual por conquistar la dirección de los tres partidos políticos más importantes de nuestro país nos obliga a reflexionar en relación a su destino, el de sus militantes, simpatizantes y el del país al que, desde ellos, se aspira a construir en los próximos años.

Principalmente el PRI, aunque también el PAN y el PRD son partidos que tuvieron su origen, desarrollo y fortalecimiento en una era que se caracterizó por ser poco democrática -en algunas etapas plenamente antidemocrática- y donde la corrupción proliferó a diestra y siniestra, esto es, no sólo en todos los niveles de gobierno y en los tres poderes, sino además sin distingo del signo político. Ahí están, para la historia, décadas de contubernios y tapaderas políticas en el PRI, las llamadas concerta-cesiones panistas que impidieron a Cárdenas ocupar la presidencia en 1988, y los cochinitos para apoyar candidaturas del PRD a través de la entrega de contratos en el Distrito Federal.

La pregunta fundamental es si esta lucha por dirigir estos institutos políticos pudiera ocasionar escisiones que por su magnitud condujeran a la creación de nuevos proyectos políticos, de nuevos partidos. Todo parece indicar que en el caso del PRI y del PRD así ocurrirá. No así en el PAN, donde de triunfar la corriente neopanista encabezada por Carlos Medina, el PAN se movería hacia horizontes más democráticos, a diferencia de la dirigencia actual, más propensa a métodos y negociaciones tras bambalinas del pasado antidemocrático del país. De cualquier manera, aún triunfando Bravo Mena no habría rupturas.

La lucha en el PRI ocasionará fracturas y escisiones importantes. Se enfrentan dos corrientes que comparten un pasado y presente claramente antidemocrático. En esta contienda, la única pero importante ventaja de Roberto Madrazo sobre Beatriz Paredes estriba en que el primero ha dado muestras de haber abandonado las prácticas del acarreo burdo y ha cuestionado el origen de los dineros que permiten la manipulación de masas populares a la vieja usanza de Luis Echeverría y José López Portillo, que hace Beatriz Paredes sobre todo con los grupos de campesinos inconformes de la golpeada Confederación Nacional Campesina. Por ello, la ruptura en el PRI parece inevitable.

La lucha en el PRD es, en lo hechos, una contienda entre la vieja y la nueva izquierda. La izquierda contestataria y dogmática, representada por Rosario Robles y por la corriente neopriísta (otrora llamada corriente democrática del PRI) que controla al partido desde su fundación. Corriente respaldada por los grupos menos democráticos del partido que ven en sus rivales políticos a enemigos del país y traidores a la patria. Y por el otro lado, una izquierda más moderna, más

democrática que comprende el nuevo escenario nacional que surgió el 2 de julio del 2000. Una izquierda nueva con una visión más cercana a la social democracia que evita la confrontación y descalificación de sus rivales políticos y que encabeza Jesús Ortega, pero que no se atreve a tocar la llaga que impide al PRD ser una opción política moderna y plantear de manera abierta y respetuosa que el principal obstáculo para construirla está en sus viejos procedimientos y caudillos. La actitud intolerante de Rosario Robles, que le llevó incluso a cuestionar la honestidad de sus compañeros de partido al retirarse en la asamblea del mismo, permite prever que, de no conquistar la dirección del partido, le abandonarían cuestionando la imparcialidad del proceso de elección. De ganar Rosario Robles, la opción para los demócratas del PRD está en incorporarse al proyecto socialdemócrata de Dante Delgado o el de Gilberto Rincón Gallardo. La ruptura en el PRD, en todo caso parece inminente.

Para la revista Quehacer Político de Enero 27 de 2002.

Comentarios a trasquila@hectorcastillo.org